



CAPITULO IV.

SUS EXEQUIAS Y ENTIERRO.

- I. Sentimiento general. —Elogio del P. Secco. —Llevar el cadáver á la iglesia. —Concurso y devoción. —Vistenle otra vez en la sacristía.
- II. Entiérresele en la capilla de San Luis. —Carta del P. General. —Milagros. —Desenterrado recibe sepultura en el vaso común. —Explosión de afecto.
- III. Traslación de las reliquias. —Última visura. —Urna del Santo. —Su corazón. —Sus manuscritos.

I.

QUEDÓ su rostro con aquel baño de claridad que suele pintar el sueño en un niño que duerme. El P. Piccolomini, que le había cerrado los ojos ¹, y todos los circunstantes se adelantaron á besar pies, manos y rodillas del sagrado cuerpo, entre ríos de ternísimas lágrimas: pintados estaban en los semblantes los sentimientos de viva y alegre devoción, que no se pueden con palabras explicar ². Amortajáronle luego: por dos horas continuas conservó el rostro el color natural y la hermosura que tenía ³, pero la palidez de la muerte desfloró presto aquella belleza sin alterar las facciones y buen parecer.

¹ Proc. rom., pág. 522.

² Proc. rom., pág. 494.

³ Proc. rom., pág. 522.

Acababan de entrar en cátedra los alumnos del Colegio cuando las campanas comenzaron á doblar. Al lúgubre sonido de los dobles respondió el hondo sentimiento de todos los pechos. Los que se vieron más libres corrieron á la enfermería á venerar el sagrado cadáver. En las aulas pasaron lances muy tiernos: lo común era responder los discípulos con llantos á los sollozos de sus maestros. Interrumpieron éstos á una las lecciones para celebrar más con lágrimas que con palabras las virtudes del difunto ¹. Aquí fué cosa notable cómo los maestros no repararon en proponer su vida por modelo á la imitación de la juventud estudiosa. El P. Diego Secco, catedrático de prima, había comenzado á entrar en las pruebas de una tesis, pero fué tal la impresión recibida del triste anuncio, que paró de repente y haciendo de la cátedra púlpito, rompió en elogios del santo estudiante. *Hacer agravios sería, dijo cuando los lloros cesaron, á las promesas de Dios, rogar por el alma de un joven intachable, á quien nadie ha podido echar en cara cosa que tuviese mácula. Escrípulo tendría yo de rogar por él: antes afirmo que tan cierto estoy de que goza ya de la presencia de Dios, como si yo mismo lo estuviese viendo con estos ojos* ². Que los hechos de este Padre no andaban sino muy cerca de sus dichos, se supo después; porque en vez de celebrar las tres Misas de *requiem*, que se deben en tales casos por el alma del finado quienquiera que sea, dijo las tres votivas de la Virgen en acción de gracias á la Señora por haber tenido un tan perfecto devoto; práctica, que á no haber sido particular inspi-

¹ Proc. rom., pág. 581.

² Proc. rom., pág. 590.

ración del cielo, no mereciera elogio. Lo cual todo y otras muchas alabanzas, ratificó con juramento estando para partir á ser Patriarca de Etiopia.

Al igual compitieron en loores los demás Padres y Hermanos, y se comunicaron unos á otros las cosas que de sus virtudes habían observado. Repetíanlas á los alumnos, y en un punto fueron de boca en boca resonando en toda Roma, y despertaron el entusiasmo en la piedad de sus moradores.

Tres cosas determinaron los Padres: la primera, que se sacase el retrato; se sacó, pero la pintura no satisfizo á los deseos de todos; la segunda, que se encerrase el cadáver en caja separada, y que no se mezclasen los restos con los huesos de otros; la tercera, que cuatro sacerdotes estuviesen velando junto á las andas para atender al buen orden. Bien luego se vió de cuán poca ayuda era esta vigilancia contra la osadía de los devotos. Amigos, nobles, caballeros de distinción, se vieron muy pronto apiñados rodeando el santo cuerpo, que había sido ya llevado á la Iglesia, y no se hartaban de besarle las manos, de tocarle con rosarios y pañuelos y de pedir reliquias suyas sin reparo, con cuya piedad era forzoso condescender. Aun siendo admitida la gente principal á puerta cerrada, desaparecieron en un momento las flores con que habían adornado el féretro: en un volver de ojos, quién echó mano al Cristo, quién arremetió al bonete, este arrebató los zapatos, aquel cortó, si no mesó los cabellos, esotro cercenó la sotana; y mientras muchos se ocupaban en aplicar objetos á las manos, no faltó quien, por no hallar donde cebar la devoción, le cortó á hurtadillas las uñas de los pies. Estos excesos de los de fuera pretendían abroquelarse con el ejemplo de

los de casa, que con un género de santa avidez, aun antes de bajarle, habían arrebatado á porfía aquellas cosas de su uso que cayeron en sus manos ¹.

Venida la hora de las exequias, abriéronse los cancelos y puerta mayor de la Iglesia. Oleadas de gente la llenaron de bote en bote. El aspecto del cadáver, el canto de los nocturnos, la solemnidad de la ceremonia, la diligencia de los guardas, fueron al principio parte para infundir acatamiento y enfrenar, hasta la mitad del oficio, todo amago de tropelía; pero, ¿quién dirá el clamor que se levantó cuando algunos alcanzaron á juntar las bocas y á mezclar los alientos con sus manos y pies, y, en especial, cuando se dió el grito de milagro por personas que allí mismo recibían favores, y el grito, resonando por el ámbito de la Iglesia, y creciendo por momentos con el rumor, vino á romper en inmenso alarido y á estremecer y consternar toda la muchedumbre ²?

Aquí fué el abalanzarse del pueblo empujándose, codeando y atropellándose unos á otros, dando todos al traste con el respeto debido al santo lugar, á trueque de llegarle á las manos ó á besarle los pies; aquí fué el no recatarse de quitarle otra vez el bonete y calzado; aquí el hacer trizas la ropa del cadáver y tener que cubrir su desnudez con el paño de tumba; aquí más frenético el entusiasmo pedir á voces reliquias de ese mismo lienzo y no parar hasta partirle y hacerle girones ³. No bastaban ya los cuatro Padres; fueron menester otros seis, y aun harto que hacer tuvieron los diez para reprimir atropellos y estar sobre la desaten-

¹ Proc. rom., pág. 583.

² Proc. rom., pág. 249.

³ Proc. rom., pág. 584.

tada muchedumbre, tanto más irreducible, cuanto que, por haber algunos presentes aseverado que le habían visto los ojos cubiertos de vivísimos diamantes, y una aureola de luz en torno de la cabeza y toda su faz inundada de beatitud extraña, querían todos mirar y satisfacer los antojos de la vista ¹.

Para poner freno á la devota rapacidad, acabados los oficios, pensaron trasladar el cuerpo á la capilla de la Virgen, guarnecida con verja de hierro. El pueblo que lo barruntó se adelantó con más prisa que recato. Al ver los Padres el aprieto, se aprovecharon de aquel incidente para meterle con maña en la sacristía, donde, echado cerrojo y llave, sólo admitieron á las personas de más porte. Entre ellas fué la piadosísima matrona doña Ersilia Altissimi, quien testificó después en los procesos había alcanzado remedio de un mal de costado que padecía ². Cerradas, finalmente, las puertas, soltóse la represa á la devoción de los de casa, que no anduvo por cierto más recatada que la del pueblo; porque con el tocar y rasgar á hurtadillas retazos de vestido, le dejaron tan malparado, que, como declaró después el Hermano Ballerati, la codicia de los de fuera y de los de casa le obligó á poner dos veces ropas nuevas al santo cadáver ³.

Así y todo se les había pasado por alto á los Padres el respeto á los Obispos, títulos, bienhechores y señores de más cuenta, que habían hecho, según decían, el sacrificio de su curiosidad, y demandaban por premio de la paciencia la fortuna de contemplar más holgadamente aquel precioso relicario. En razón de contemporizar con ellos se dejó el entierro para el día siguiente, que era sá-


¹ Cepari; rel. ms.

² Proc. rom., pág. 216.

³ Proc. rom., pág. 300.

bado y vigilia de la Asunción de Nuestra Señora. A la noche, el P. Grassi, en secreto, hizo abrir el cadáver, y le entresacó el corazón lleno de sangre para enviarle á Flandes. Se reparó mucho en la falta de la hiel, y de aquí colegían algunos que había el Santo carecido de ella en vida, y por ahí sacaban su mansedumbre y sencillez de paloma. No cafan en la cuenta los que así discurrían, que el presentarse vacía en el cadáver la vejiga de la hiel provenía de la complicación intestinal que ocurrió en la enfermedad del santo: la mansa y suave condición de San Juan fué obra ciertamente de la violencia que, con la gracia de Dios, se hizo durante su vida.

II

COMODADO, pues, el cuerpo y compuesto en la caja de madera, fué llevado vela en mano otra vez á la Iglesia: así cumpliósse con el deseo de los que lo habían solicitado. Abiertas las puertas por la mañana, entró mayor gentío que el día anterior, y Prelados, y Obispos, y títulos, y pueblo menudo; pero aquí, con más atrevimiento que antes, le cortaron cabellos, uñas y hasta un dedo del pie; y así fué menester esconderle otra vez en la sacristía y poner fin á los excesos. Entre los prodigios acaecidos, contábase por ruidosa la curación instantánea de una mujer de sesenta y ocho años, ciega de entrambos ojos, con sólo aplicarlos á la mano del difunto ¹.

¹ Proc. rom., pág. 268.

Al trasponerse el sol inscribieron en la caja un epitafio en plancha de plomo, y así le trasladaron á la capilla de San Luis, donde le dieron sepultura interin se le preparaba otra más acomodada. La muchedumbre, atraída por el embeleso de los prodigios que corrían ya públicos, acudía en tropel á este sitio, y ponía flores, y encendía luces, y colgaba tablillas y figuras de cera, y rezaba paces, y pedía gracias, y (lo que más atizaba el fervor) se levantaba de aquel lugar con nuevas mercedes alcanzadas por obra del Santo. Todas estas demostraciones dieron mucho que pensar al Superior general de la Compañía, el cual, anteviendo las resultas y mirando por la prudencia, con ánimo de excusar desazones, envió al P. Rector Cepari la carta siguiente, con que creía templar el exceso y atar las manos al celo de los devotos:

Reverendo en Cristo Padre:

Aunque de la virtud y gracias singulares de Dios nuestro Señor hemos de hacer todos la estima grande que se merecen, no obstante, he pensado recordar á V. R. con la presente, y con ocasión del dichoso fallecimiento del Hermano Juan, sea V. R. servido de avisar á ese Colegio, y aun de extender el aviso á las otras casas de Roma, que en el hablar y tratar de las cosas del difunto se acuerden todos del espíritu y cautela que guardaron nuestros primeros padres en la muerte del Bto. P. Igracio, del P. Fabro, del Padre Borja y de otros muchos esclarecidos siervos de Dios. Por tanto, prohíba V. R. que nadie dé á seglares cosa alguna que haya pertenecido al dicho Hermano, ni reliquia de ninguna suerte que haya sido de su uso. Pues es muy conforme á ley de prudencia en asunto de esta natura-

leza no prevenir los designios de Dios, sino con humildad y recato aguardar el tiempo señalado por la divina Providencia. Lo que si suplico á nuestro Señor con todo mi afecto es que se digne acrecentar en ese Colegio sus bendiciones, y que en cada uno resplandezcan la modestia, observancia y todas las virtudes del Hermano, y que todos sean vivos retratos y reliquias suyas.

En los santos sacrificios y oraciones de V. R. y de todos me encomiendo. Dada en esta casa del Jesús, á 15 de Agosto de 1621.

De V. R. siervo en Cristo,

MUZIO VITELLESCHI.

Esta carta sirvió para acreditar la gran cordura del P. General; pero por más prisa que llevó, vino á noticia de los suyos cuando habían ya dado vuelta por toda Roma reliquias, prendas y cosas del difunto, y más que todo los prodigios de su valimiento. No estuvo en poder de los Padres del Colegio impedir el concurso de la capilla, y que los fieles colgasen donativos y encendiesen velas, pues era tan imposible poner dique á la confianza de las gentes como atar las manos á su bienhechor. El único arbitrio que á su Paternidad quedó fué mandar desenterrasen el cuerpo y le encerrasen privadamente en la sepultura común de los Padres, en el mismo lugar donde habían descansado los restos de San Luis. Aun con todo eso, de cirios, flores, presentallas, y otras prendas de gracias recibidas estuvo cuajada la sepultura del Santo ¹. Como abejas solícitas volaban los devotos á

¹ Proc. rom., pág. 588.

recoger en aquel verjel de virtud el precioso licor del paraíso para su necesidad y edificación.

¿Qué decir ahora de la impresión que causó en Flandes la fama de esta preciosa muerte? Bien se deja entender qué efecto haría en los ánimos de sus compañeros, superiores y conocidos. *Al oír la nueva y relación, dice el P. Clerk, de la muerte del Hermano Juan, conmigo todos comúnmente en la provincia experimentaron un vivísimo sobresalto y una explosión de afecto, como no recuerdo haberse experimentado en la muerte de otra persona alguna señalada en santidad: testigos fueron las copiosas lágrimas de devoción que por él se derramaron* ¹.

El Hermano Juan de Buire confesó también que en el colegio de Beaulieu, sabida la muerte, se sintió anegado en lágrimas y ahogado por los sollozos en su aposento días arreo, y se maravillaba él propio de su extraordinario sentimiento y amargura ². En el colegio de Lovaina, lo atestigua Van Berger, *al leerse en el refectorio la carta mortuoria, fueron muy grandes las señales de dolor y ternura que dieron todos los Padres* ³. Y por no alargar más, Miguel Grisio certifica que *vió brotar, con la relación de su muerte, una singular renovación de espíritu en los nuestros y en los extraños* ⁴. Lo más admirable era el fruto de reforma de costumbres y de alientos espirituales que despertaba en todos la memoria de Juan Berchmans.

El señor Canónigo Froymont, recibida noticia del fallecimiento de su venerado familiar, hizo

¹ Proc. de Amb., pág. 170.

² Proc. de Amb., pág. 199.

³ Proc. de Amb., pág. 181.

⁴ Idem, id.

extremos por obtener una reliquia: vivísima fué la pena que recibió el P. General por no poder dar por entonces cumplida satisfacción á su deseo; pero le certificó que á su tiempo quedaría saldado el cuanto de su solicitud por el tanto del agradecimiento de la Compañía, como, en efecto, se hizo años más adelante.

Prodigios, raras mercedes, casos de curaciones milagrosas en alas de la fama se difundían por todas partes. Cartas iban y venían, llevando y trayendo de Flandes á Roma, de Roma á Flandes, apariciones gloriosas en que se hacía visible el Hermano Berchmans, ya solo, ya en compañía de su protector San Luis, ya los dos con la Virgen Santísima. Otros correos notificaban lo mucho que podía con Dios su invocación: así se supieron más de veinte casos de curaciones estupendas fuera de Bélgica, porque en Bélgica no tenían guarismo. Llenos andaban de asombro los reinos de España, Francia, Alemania, Inglaterra á la contemplación de tantas maravillas.

Comenzaron los escritores á tomar la pluma por condescender con la devoción, á historiar su gloriosa vida y á exaltar la grandeza de sus virtudes. Al paso de las relaciones, volaban por Flandes y otros reinos grabados, estampas, medallas conmemorando los grandes favores que en diversas partes se lograban. No bajan cierto de setenta las biografías hasta el día de hoy publicadas. Ochenta y seis autores se encontraron en la biblioteca de Malinas, entre nacionales y extranjeros, que en sus obras representaron y engrandecieron las virtudes de este siervo del Señor. Para gloria de nuestra católica nación digamos, pues este es su lugar, que España fué la primera que dió á la estampa y sacó á luz un relato de la muerte edificante de

San Juan Berchmans, en 1624, aún tres años antes que imprimiese el P. Cepari la vida original que escribió, según consta en las actas.

Y dado que en la preponderancia que entre las potencias europeas ejercía entonces nuestra nación, pudiera hallar fundamento su diligente iniciativa en esta parte, mejor será buscarle en el carácter del Santo, singularmente español, por la gallardía, constancia y generosidad que tuvo en el servicio de Dios, cual vemos en nuestros anales fué el carácter de nuestros héroes y santos. Pudiera también decirse que un mancebo que tan magníficamente había sentido y hablado en favor de la Inmaculada Concepción de María, no podía menos de ser prohijado por una nación que siempre se ufano de haberla defendido. En fin, tan al corazón de los españoles hablaron aquellos primeros relatos, que en 1633, cinco años después de publicarse en Roma la historia del P. Cepari, fué también España de las primeras que la pusieron en su lengua, por la pluma del P. José de Olzina, natural de Barcelona. No es maravilla que, llevados de su natural impulso, tantos escritores españoles extendiesen con las galas del estilo, como hicieron después, y eternizasen y subiesen al cielo las claras virtudes de un joven héroe que tanto frisaba con el genio de la nación. Digno es de especial memoria el preclaro balear P. Bartolomé Pou, natural de Algaida (Mallorca), que publicó, hace justamente un siglo, en elegantísimo latín la vida de nuestro Santo.

III

CINCO años estuvo no más su cuerpo enterrado en el vaso común que dijimos. Por haberse comenzado á edificar el templo de San Ignacio, fundado con real magnificencia por el Cardenal Luis Ludovisi, sobrino de Gregorio XV, los huesos, cenizas, despojos y residuos de la antigua caja de madera, juntamente con la inscripción del P. Grassi, fueron colocados dentro de otra caja de plomo y guardados así en la capilla de los Reyes Magos, que ahora es de San José: después, terminada la fábrica del templo, los trasladaron á la sepultura de los Padres, delante del altar mayor, en lugar algo apartado, al pie de la Virgen de la Piedad.

Dos veces fué requerida la caja de plomo, años adelante, y otras tantas renovada y sellada, sin moverse del mismo paraje. Allí la guardó una lápida de pórfido con estas palabras: *Ossa Ven. Joannis Berchmans*, por más de doscientos años.

Pero en el de 1865, á los 11 de Mayo, con motivo de la Beatificación, fué sacada á gloriosa luz y llevada en triunfo con acompañamiento de Obispos, Prelados, Superiores, Padres y Hermanos de la Compañía, seglares de calidad, presididos por el Cardenal Reisach, á la capilla doméstica de Santa Rosalía, para ser allí visurados los restos y reconocidos, según las formalidades de ley.

En esta última visura, fuera de algunas reliquias que se escogieron para la promoción y celebridad del culto, fué remitido un antebrazo por el

P. General Beckx al Cardenal Stereck, Arzobispo de Malinas, y colocado á 23 de Julio del mismo año de 1865 en aquella iglesia metropolitana debajo del altar del mismo Beato. También se extrajeron dos vértebras, la una para la residencia del Jesús de Bruselas; la otra, para la iglesia matriz de Diest: ambas recibidas procesionalmente con regocijos y fiestas celebradas con gran solemnidad. Otra reliquia que se venera en la catedral de Malinas, en la primera visura debió de sacarse, por cumplir con la devoción de los que lo solicitaban.

Dejadas aparte estas insignes reliquias, las demás que quedaron, hecha separación de huesos mayores y menores, en dos cajas distintas, se depositaron en la capilla de la Anunciata debajo del sagrado altar. La urna que después se labró para cobijar tan precioso relicario es dechado de toda beldad, y sólo puede competir con su gentileza y ornato la de San Luis Gonzaga, como compiten los altares de entrambos; porque si la de San Luis es de lapislázuli, también de lapislázuli está cubierta la de San Juan; si piedras peregrinas y chapas de oro, y relieves de plata, y escogidos colores ciñen, hermosean y dan luz y resplandor á la de San Luis, con suntuosidad no menor y con proporcionada simetría reluce y relampaguea y parece muy linda y extremada la hermosura de la de San Juan, arrebatando y llevando en pos de sí el sentido y el afecto.

El corazón, que, como dicho tenemos, fué desentrañado y recortado del cuerpo santo por el P. Grassi, descansa blandamente en el Colegio de la Compañía de Lovaina. La presencia de esta riquísima entraña les desconcertó los ojos y torció el juicio á los que la vieron. Después que el P. Mar-

cos Van Doorne hizo el formal entregamiento ¹ al dicho Colegio de Lovaina, el P. Sucquet, que era á la sazón Provincial de Flandes, no dejó traza por tentar á fin de conseguir del muy Rdo. P. General que el corazón de su santo novicio se pasase á morar en el noviciado de Malinas. El fin y remate que tuvieron los extremos de estos amores, y las demandas y respuestas, fué prohibir severamente el P. General Vitelleschi ² que ni con el corazón ni con otra cualquiera reliquia, que á Berchmans hubiese tocado, se hiciesen demostraciones de veneración hasta otra orden; y muy en particular mandaba que el corazón se escondiese y desapareciese de los ojos humanos, y yaciese en la noche de las tinieblas donde nadie supiera de él, para de un golpe quitar á los devotos toda ocasión de culto, con fulminación de penas al que contraviniese á su declarada y formal voluntad.

El P. Sucquet apretó por su parte á los de casa con rigor y severidad, dando orden que el corazón fuese llevado á otro sitio y que nadie fuese osado atribuir á Juan nombre de beato, ni venerar públicamente sus reliquias; aunque bien permitió el General, en 1623, que el corazón se restituyera al Colegio de Lovaina, y que allí estuviera encerrado en la estrechura y silencio de la capilla doméstica sin ninguna señal de devoción. Así permaneció escondido por largo tiempo, y corrió varia suerte á causa de los sucesos de hace un siglo, hasta que por orden del P. General, de santa memoria, Pedro Beckx ³, fué examinado por un famoso médico de Lovaina.

¹ 29 de Noviembre de 1621.

² 15 de Enero de 1622.

³ 24 de Abril de 1865.

Hallóse entero, sin descomposición, con algún menoscabo de las aurículas, falto de alguna partecilla arrancada de intento, y expuestas á peligro de tornarse polvo varias columnas de las cavidades internas: por lo cual, y para preservarle de toda corrupción y riesgo, se le empapó en esencia de trementina, se le bañó en una solución de bicloruro de mercurio, y se le revistió de resina copal, y de esta suerte se conserva, como dijimos, en el Colegio de Lovaina. En el de Amberes es venerada una manga de sotana. En la catedral, fuera de una partícula del corazón y pedacitos de hueso, se tiene en grande aprecio una camisa del santo, que tal vez sea la que con su muerte santificó. De muchas otras reliquias la revuelta del siglo pasado extravió las auténticas, y aun feneció la memoria también.

Acerca de sus manuscritos, Roma posee dos cartas, el voto firmado con sangre, los cuatro tomos de filosofía y matemáticas, un cartapacio de apuntamientos espirituales: el noviciado de Tronchiennes (Bélgica) guarda la carta VII, y la atestación del examen: la biblioteca real de Bruselas las dos elegías, cinco cartas en flamenco, cinco en latín, los avisos generales del noviciado, sus comentarios ascéticos y los atestados de los votos.

Para el Colegio de Lovaina quedaba reservado custodiar el precioso librito (13,5 cent. por 10 cent.), que contiene las cosas siguientes. En las primeras páginas algunos extractos del P. Alvarez de Paz; de la pág. 3 hasta la 18 van 130 dichos y hechos sobre el Santísimo Sacramento y la Virgen María; de la 21 á la 28 se leen 66 sucesos y sentencias tocantes á la Compañía y sus varones ilustres; de la 30 hasta la 56 se continúan resúmenes de los

ocho tratados del P. Alonso Rodríguez, tomo I, y de los cuatro del tomo II. Este piadoso monumento le cayó en suerte al P. Grassi, y el escolasticado de Lovaina le mira como tesoro de felicidad.



CAPÍTULO V.

LA BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN.

- I. Empiezan las informaciones.—Instrúyense los procesos.—Prosecución de la causa.—Segunda y tercera interrupción.—Fállase la causa de las virtudes y milagros.—La Beatificación.
- II. Los tres milagros auténticos.
- III. Reasúmese la causa.—Los dos milagros requeridos.—Celebrase la Canonización.

I

CRECÍA sin comparación la fama de su poder. Comenzaron á practicarse diligencias, con que lograr entera noticia de su niñez, juventud y noviciado, y satisfacer á los Padres de Roma. Para llegar hasta el cabo en estas averiguaciones, toda Flandes se escudriñó y rodeó con afán. Por tres caminos diferentes le vinieron á Pedro Emmerick apremiantes demandas para empeñar su pluma en favor de su difunto Colegial. El P. Bauters, Rector á la sazón de Lovaina, no emperezó en llamar á las puertas de sus novicios y en ir en busca de noticias ciertas y autorizadas. El cielo también por su parte continuaba acreditando con prodigios el fervor de las diligencias. En fin, la considerable sumaria de expe-